

Se analiza el tema de la imposición de manos en los documentos conciliares, concretamente en *Sacrosanctum concilium*, *Presbyterorum ordinis*, *Lumen gentium* y *Ad gentes*.

En el capítulo siguiente, el quinto, se analiza la imposición de las manos en la celebración de la Eucaristía y en cada uno de los rituales de los sacramentos, subrayando el significado del gesto en el conjunto de la celebración.

Finalmente en el capítulo sexto, se hace una teología de los sacramentos a partir de la imposición de las manos: hay una estrecha relación entre invocación del Espíritu Santo, imposición de las manos y transmisión del Don.

Concluye la obra con una breve conclusión a la que sigue una abundante bibliografía.

Tratándose de una tesis de teología, hubiera sido de desear que se hubiera tratado un poco extensamente el problema de la imposición de las manos en la Unción de los enfermos, en el sentido de que en los *Praenotanda* del Ritual se dice que con la imposición de manos, la unción y la plegaria se confiere el sacramento (cf. *Ordo Unctionis Infirmorum eorumque pastoralis Curae* [Typis Polyglottis Vaticanis 1972] *Praenotanda*, 5, p.14), mientras que en concilio de Trento en la sesión XIV, en el capítulo I sobre la doctrina del sacramento de la extremaunción, se dice que la materia es el óleo bendecido por el Obispo, y la forma las palabras *per istam sanctam unctionem*, etc. sin hacer referencia a la imposición de manos. Precisamente en este sacramento se demuestra la importancia de la imposición de las manos en el ámbito de la sacramentaria.

G. RAMIS

PERE MONTAGUT, *La oración en la vida y el ministerio del sacerdote* (Madrid, BAC, 2000; Estudios y ensayos 6. Espiritualidad) 352 pp. ISBN 84-7914-485-8.

Pere Montagut, sacerdote joven de la diócesis de Barcelona, doctor en Teología Espiritual por la Pontificia Universidad Gregoriana, nos ofrece este libro. Se trata del fruto temprano y, sin embargo, maduro de su investigación teológica.

Como declara en el prólogo monseñor Pere Tena, obispo auxiliar de Barcelona, la finalidad de esta obra es "mostrar de qué manera *el dinamismo orante* penetra y da unidad a la comprensión de la persona del sacerdote y al ejercicio del ministerio sacerdotal" (p. XIV).

Por mi parte, me atrevería a decir que la originalidad y lo más novedoso de la reflexión teológico-espiritual del libro mana del partido que se saca, en general, a todo el número 7 de la *Sacrosanctum concilium*, y, más en concreto, a la afirmación con que concluye ese apartado de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia: "La celebración litúrgica, como obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia". Pere Montagut va a mostrar de qué

forma estas palabras, tal y como demuestra la Tradición de la Iglesia y la insistencia del Magisterio más reciente, son un principio destinado a hacer de cimiento de la renovación de la vida de la Iglesia y, cómo no, también de la vida de los sacerdotes.

Tal y como se analiza pormenorizadamente en la segunda parte de este libro (*Dimensión litúrgico-sacramental*), los sacerdotes nacen en el momento en que reciben el sacramento del Orden. Por la oración consecratoria y la imposición de manos del obispo quedan configurados con Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. Desde ese momento le representan sacramentalmente y, en su nombre, ejercen el triple oficio de santificar al pueblo de Dios, de instruirlo y de guiarlo. Continúan así en el tiempo el ministerio redentor de Cristo, que fue enviado por el Padre *para salvar lo que estaba perdido*, dando así comienzo al Reino que había sido prometido y anunciado por los profetas.

Los ministerios y funciones que los sacerdotes realizan para edificación de la Iglesia y en orden a la salvación del mundo, nacen y culminan en una misma fuente. Por eso obispos, presbíteros y diáconos, no pueden entenderse a sí mismos, y mucho menos sus acciones, sin esa radical referencia a la unión especial con Cristo que han recibido en virtud del Orden sacerdotal.

Es, por tanto, la unión sacramental con Cristo lo que aúna y da coherencia a las distintas tareas que realizan los sacerdotes. Si no se cultiva, ni se cuida, ni se favorece la unión con Cristo, el ejercicio del ministerio pierde todo su significado. Pues sólo la comunión con Cristo es capaz de llenar de sentido el ser y cada una de las acciones que la Iglesia realiza en medio del mundo y al servicio de los hombres; y las tareas ministeriales, evidentemente se han de enmarcar, como ya hemos dicho, en ese ser de la Iglesia, que existe para prolongar la actuación de Cristo en el mundo hasta la consumación de los siglos. Además, desde esta perspectiva que tanto subraya la comunión sacramental con Cristo, incluso los fracasos y las cosas que no salen bien, hasta llegar a tener su sentido; el que nos revela precisamente la Cruz.

Aunque no lo parezca, insistiendo en la realidad sacramental, el autor corrige el peligro de proponer una espiritualidad, digámoslo así, *espiritualista*. Una tendencia que en el fondo se reconoce, porque esconde una fuga del mundo, más o menos consciente; lo cual en nada sintoniza con el Evangelio ni con la propuesta cristiana.

La espiritualidad sacerdotal no puede ser entendida como la suma de actos de piedad, de devoción, de ratos de oración más o menos prolongados, de ejercicios ascéticos, de técnicas, etc. No, porque todas estas cosas, valiosísimas de por sí y avaladas por la bimilenaria Tradición de la Iglesia, cuando se plantean y proponen, habiéndolas desenraizado de su *humus* existencial cristiano y eclesial propios, acaban siendo también estériles. Eso si no generan, o un voluntarismo agotador para el espíritu, o, lo que es todavía más peligroso, una indiferencia, cuando no incredulidad, hacia los métodos y medios, incluso los más aptos para progresar en la vida espiritual. La espiritualidad cristiana y, por ende, la espiritualidad sacerdotal, no puede vivir *de actos* aislados ni de métodos, que no tengan conexión con la única Fuente capaz de dar agua viva.

Todos sabemos que la vida cristiana nace cuando somos injertados en Cristo, vida verdadera, por medio del Bautismo. Sin Cristo seríamos sarmientos secos. Mas el don de la gracia, como la vida misma, tiene su propio dinamismo vital, que necesita

ser alimentado para crecer, desarrollarse y llegar a ser plenamente maduro. Por eso Cristo se dio a los suyos como comida y bebida, y también como salvación (salud), perdón y reconciliación, pues es fácil que a lo largo de la vida, haya algunos que caigan, se debiliten o enfermen. En pocas palabras, Cristo, por medio de su Espíritu, se ha dado a sí mismo para que seamos y vivamos como hijos de Dios, y ha querido estar siempre con nosotros para que esa vida llegue en nosotros a su plenitud. Lo cual sucederá cuando definitivamente existamos en Él y Él en nosotros, y seamos uno, como el Padre y Él son una sola cosa.

Todos estos dones Cristo los realiza en nosotros por medio de su Iglesia. Ella es su esposa, la esposa de Cristo, que, fecundada por la acción constante y eficaz del Espíritu Santo, nos comunica la vida divina, fundamentalmente por medio de la acción litúrgica.

No en vano, la reforma que el Concilio Vaticano II propuso para la vida eclesial, se hizo y se articuló en gran medida a través de la reforma litúrgica. Una liturgia que, gracias al Concilio y a cuantos lo hicieron posible, se acercó de nuevo a las fuentes más originarias. Ahora cualquier celebración litúrgica cuenta con una mayor presencia de la Palabra de Dios, que se ofrece con mayor abundancia y de forma más sistemática. El año litúrgico está articulado más claramente en torno Cristo y al Misterio Pascual. Se busca siempre que los fieles comprendan con facilidad los signos sacramentales, y, por ello, se quiso que todo aquello que se hubiera introducido en los ritos y que, de algún modo, oscureciera la percepción de su naturaleza y fin, fuera revisado. Había que acomodarse a las necesidades presentes, mas sin perder los elementos esenciales. Y son elementos esenciales aquellos que forman parte del depósito de la fe entregado por Cristo a la Iglesia, y que ella de forma ininterrumpida ha ido transmitiendo por medio de toda su vida, de su culto y de su enseñanza.

Esta liturgia, renovada o restaurada en su mayor pureza, volvía a ser propuesta por el Concilio como fundamento imprescindible de la vida personal y comunitaria, configurada desde Cristo, y que se traduce en frutos de amor, de entrega, de servicio, de fidelidad y de apostolado.

Una liturgia que convierte a la comunidad que la celebra (a toda la Iglesia, presidida por su obispo, con su presbiterio y con sus fieles) en signo visible y eficaz de la Salvación en medio del mundo. Un mundo, que por voluntad de Cristo, siempre obediente a la voluntad del Padre, está destinado a quedar transformado a imagen del Reino que el Señor Jesús anunció con su vida y sus predicaciones, y que realizó en su persona, sobre todo, en virtud del Misterio Pascual.

Este dinamismo de la acción litúrgica fecunda todo en la vida de la Iglesia, y, por eso mismo, está llamado a fecundar igualmente el ser y el hacer de la vida sacerdotal.

Entre las muchas ventajas que se pueden sacar de la recta comprensión de este dinamismo, el autor propone la de ayudar a superar de una vez por todas la escisión entre vida espiritual y vida apostólica. ¿Cuántos han dicho que la vida apostólica de por sí desgasta, y que por eso es necesaria la vida espiritual, que es lo que en verdad alimenta? Y ¿cuántos han dicho que la oración y la vida espiritual nos alejan y nos "extrañan" del mundo y de la vida de los hombres, mientras que el compromiso nos encarna, como Cristo se encarnó, en la realidad cotidiana y común?

El dinamismo orante en el que nos introduce la pedagogía de la vida litúrgica de la Iglesia, nos hace comprender que la escisión o la dicotomía de la que tanto se habla, y que tanta tinta ha derramado, en realidad es falsa. El que está en Cristo, tiene que vivir de Cristo; y será la vida en Cristo lo que irá transformándolo gradualmente en nueva criatura. Lo cual se traduce en una nueva forma de juzgar, de actuar y de vivir según el estilo del propio Cristo. Como dice el Evangelio, por sus frutos les conoceréis; o, como dice san Juan, los que son de Cristo han de vivir como vivió Él. La acción litúrgica nos injerta en Cristo gracias a la Iglesia, y, como miembros de Cristo y miembros de su esposa la Iglesia, estamos presentes en el mundo y damos testimonio de esta vida nueva, para que los hombres crean y se salven. Como dice la carta a Diogneto, "somos el alma del mundo y no podemos desertar de nuestra condición".

La lectura de este libro nos adentrará, por tanto, no sólo en la espiritualidad sacerdotal, sino en las claves más profundas del misterio de Cristo, de la Iglesia y de su Liturgia, de la oración cristiana y de la vida cotidiana del creyente en medio del mundo.

Al servicio de todas estas realidades está el ministerio de los sacerdotes; y, por eso, este libro les será de gran ayuda a todos ellos. Ahora bien, les será igualmente útil a todos los demás fieles, miembros del único pueblo de Dios, rico en carismas y vocaciones, que el Espíritu suscita para el bien común. En estas páginas encontrarán abundantes datos para profundizar en su propia y específica espiritualidad. No olvidemos que todas las espiritualidades, aunque se puedan distinguir y tengan características propias y no todas sean iguales ni mucho menos, nacen, se alimentan, se desarrollan y crecen, de una misma fuente. Esa fuente es Cristo. Y a Cristo, por voluntad suya, lo encontramos en su Iglesia y fundamentalmente en los sacramentos de la Iglesia; en ellos Cristo se encuentra con nosotros y nosotros con Él.

Este libro bucea como pocos en la vida de la Iglesia y en la celebración de los misterios de la fe, para enseñarnos a vivir en Cristo, y a ser y actuar en medio del mundo como miembros suyos y de su Iglesia. Sólo así, incorporados a Cristo y a su Iglesia, el mundo y los hombres podrán gozar de la salvación, que Dios quiso que alcanzara y llegara hasta los confines de la tierra.

C. AGUILAR